

ROCK COMO DIOS MANDA

Juan Luis Roldán Calzado

Una escena : un monje sobre un escenario, vestido de riguroso hábito pero con gorra y zapatillas de deporte, cantando rap acompañado por un coro de veinte monjas. ¿Un sueño causado por la mala digestión ?. Pues no, la realidad misma : los intérpretes son genuinos religiosos e incluso el propio público está compuesto en su integridad por miembros del clero que asisten a un congreso de religiosos. ¿Es que algo está cambiando en la relación entre la Iglesia y la música moderna ?. ¿Ya ha dejado de ser el rock uno de los irrenunciables enemigos de la religión ?

Un síntoma de ese posible cambio se encuentra en el concierto de rock que se celebró el pasado mes de septiembre como una de las actividades de un Congreso Eucarístico. Diferentes representantes del mundo del rock fueron invitados a tocar ante 300.000 personas, entre ellos 200 obispos y el propio papa. Pero si el evento tuvo resonancia fue por la participación de uno de los genios de la música moderna, Bob Dylan, que interpretó tres de sus clásicos ante la enfervorizada audiencia.

Uno no sabe si interpretar la presencia de Dylan como un síntoma de cambios en la Iglesia o más bien de una nueva mutación del propio cantautor. Ya en 1979 anunció su conversión al cristianismo ingresando en la Confraternidad Cristiana de la Viña, a la que pertenecían otros ilustres ciudadanos como el entonces presidente Jimmy Carter o el boxeador George Foreman. Su recién adquirido cristianismo se reflejó en diversos álbumes como *Slow train coming* (durante cuya grabación Dylan afirmó haber recibido una especie de revelación) o *Saved*, trabajos ambos que tuvieron una fría acogida entre su público. Pero hay que recordar que antes ya se había acercado a la religión zen y que, en cualquier caso, había recibido una formación judía, hasta el punto de que al poco de anunciar su conversión al cristianismo se le vio rezando en el Muro de las Lamentaciones. Por eso no es de extrañar su conversión al catolicismo y, si acaso, debe interpretarse como una nueva muestra de ese carácter libérrimo que se refleja en sus cambios de estilo o en la innumerables y dispares versiones que hace de sus canciones.

¿Pero es la primera vez a lo largo de su historia que se relaciona el rock con la religión ?. Ni muchísimo menos aunque, como es sabido, en la relación ha predominado más el odio que el amor. Desde los inicios del rock and roll, la Iglesia, como el resto de la sociedad conservadora, lo atacaba por las mismas razones por las que entusiasmaba a los adolescentes : sus letras hablaban de romanticismo, acción, diversión, violencia..., y todo rodeado de motos, coches, vaqueros ajustados y cazadoras de cuero. Y, por supuesto el baile, con ese ritmo sensual y primitivo que le confería un carácter marcadamente sexual.

Pero las acusaciones al rock iban mucho más allá y en concreto a su carácter supuestamente satánico. Y quizá no les faltase razón porque ya se decía de uno de los primeros y más afamados cantantes de blues, Robert Johnson, que debía su inspiración a un pacto con el demonio. Cuenta la leyenda que Johnson, destrozado tras la muerte de su joven mujer en su primer parto, entró en una profunda crisis que le hizo desaparecer hasta que, tiempo después, volvió alcoholizado y poseedor de una técnica instrumental tan extraordinaria como desconocida. Y según esa misma teoría, murió cuando fue

arrancado de este mundo por el diablo en persona. En realidad parece que esa técnica, que hoy llamamos del “bottleneck” (cuello de botella) se la enseñó un amigo músico de Alabama, que fue donde se refugió durante su desaparición. Y en cuanto a su muerte, todo parece indicar que murió envenenado por un marido celoso, lo cual encaja con la imagen de mujeriego que se labró a pulso durante toda su vida.

Pero no es la única huella aparente del diablo en la cultura del rock. Los mismísimos Beatles fueron objeto de muchas críticas a este respecto. Sin ir más lejos, en la portada del Sgt. Peppers, entre los dibujos de los rostros de numerosos personajes famosos, aparecía el de Aleister Crowley, un declarado admirador de Satán que defendía la profanación de los símbolos cristianos y organizaba orgías satánicas con drogas y menores de edad y que, como colofón a su fructífera existencia, mandó a la tumba, con una contundente maldición, al médico que le atendió en el lecho de muerte por no haberle administrado morfina.

Pero nadie tenía derecho a sorprenderse por la actitud de los escarabajos de Liverpool dado su impresionante curriculum. Ya en sus inicios, cuando durante sus actuaciones en el Star Club de Hamburgo se hospedaban junto a una iglesia católica, al bueno de John Lennon no se le ocurría otra cosa que colgar cada domingo, de forma que lo vieran todos los feligreses, un crucifijo con un condón hinchado en lugar de pene. No contento con eso, llegó un día al punto de orinar desde el tejado sobre un grupo de monjas que acudían a los ritos.

Y es que, entre los miembros del grupo de Liverpool, John fue declarado el mayor enemigo de la Iglesia. Suya fue, durante una gira norteamericana, la frase de que los Beatles eran más famosos que Jesucristo, lo cual más que irreverente, parecía un poco desproporcionado. Aunque el arzobispo de Boston llegó a darle la razón, el manager del grupo, Brian Epstein, ya había convencido a Lennon de que se disculpara, en parte porque la polémica ponía en peligro la propia gira. La supuesta actividad demoníaca de Lennon no acabó con el fin de los Beatles, ya que en una de las canciones de sus discos en solitario, *Bring on the Lucie*, jugueteaba con el nombre de Lucifer y hacía referencias al número satánico por excelencia, 666.

Pero si los Beatles fueron un quebradero de cabeza para la Iglesia, qué decir del otro gran grupo de la época, los Rolling Stones. Basta decir que entre otros sobrenombres, se les conoce como sus satánicas majestades, en referencia a su trabajo *Their satanic majestic request*, respuesta del grupo al Sgt. Peppers de los Beatles. Empezaron a circular rumores sobre la pertenencia a grupos satánicos de Jagger, Richards y Brian Jones y para confirmar o burlarse de esa circunstancia, en el single de *Jumpin' Jack Flash*, Jones aparecía enarbolando un tridente y, para colmo, en el disco *Beggars banquet*, los Stones incluyeron un tema titulado *Sympathy for the Devil*, que dejaba clara su buena relación con el averno. Por si quedan dudas, en su discografía abundan símbolos sospechosos : el guiso de cabra, animal demoníaco por excelencia, en *Goat's head soap*, el pie peludo de *Tattoo you* o, un poco más rebuscado, la famoso lengua diseñada por Warhol que se ha convertido en símbolo de la banda. En la antigüedad los endemoniados se representaban con la lengua fuera así que el emblema rollingtoniano se señaló como una prueba más de la presencia maligna.

En cualquier caso, los biempensantes quedarían satisfechos con el castigo. Brian Jones, al mes de ser expulsado de la banda, sería encontrado sin vida en la piscina sin

que se llegasen a aclarar las circunstancias de su muerte. Y tiempo después, en un concierto ante más de 300.000 personas, los Stones tenían que interrumpir su interpretación de *Sympathy for the devil* ante el tumulto que se organizaba entre el público. ¿El motivo?: la utilización por parte de la organización de la banda de motoristas Los Angeles del Infierno como fuerza de seguridad. Los particulares métodos de contención de los supuestos guardianes del orden, con palizas con tacos de billar incluidas, provocan el pánico y lo más grave, uno de los asistentes al concierto fue apuñalado por uno de los *Angeles* y perdió la vida. La canción adquirió la etiqueta de maldita y el grupo no la tocaría durante los siguientes seis años.

Pero los Stones no tienen la exclusiva en las buenas relaciones con el lado oscuro. Led Zeppelin, una banda tan famosa por sus canciones como por sus excesos en el terreno sexual o en la destrucción de hoteles durante las giras, estuvo en el punto de mira de los buscadores de rastros demoníacos. Entre su obra, su cuarto disco fue el más enigmático. No aparecía en la carpeta el nombre del grupo ni de la obra y en el interior se encontraban cuatro símbolos, cada uno identificados con un miembro del grupo. Jimmy Page, guitarrista y compositor del grupo, aseguraba que eran símbolos metafísicos que pertenecían a unas ruinas irlandesas, pero las malas lenguas buscaban otras interpretaciones más esotéricas. El caso es que tras las acusaciones de algunos predicadores bautistas de que en el tema más famoso del álbum y quizá de la carrera del grupo, *Starway to heaven*, aparecían alusiones al maligno, un comité de la asamblea de California escuchó a menos revoluciones la canción y creyó escuchar frases del tipo: *Yo vivo por satán* o *Mi dulce Satán, ningún otro hizo el camino*; aunque, si uno no tiene prejuicios, para escucharlo hay que echarle bastante imaginación. Pero lo cierto es que Page fue un gran admirador del satanista Crowley, el mismo que aparecía en la portada del Sgt. Peppers, hasta el punto de que llegó a comprar su casa a orillas del Lago Ness y a coleccionar todo tipo de objetos de su ídolo, como manuscritos, ropa, cuadros... La afición del guitarrista por lo satánico le llevó a colaborar con el norteamericano Kenneth Anger, cineasta independiente y estudioso de temas satánicos, componiendo la banda sonora de una película titulada *Lucifer rising*. Y una vez más, argumentos para los que crean en el castigo divino: las muertes prematuras del batería de la banda, John Bonham y la del hijo del cantante, Robert Plant.

El mundo del rock duro ha dado otros nombres de alguna forma bien relacionados con el diablo. AC/DC, con su eléctrico guitarrista al frente, Angus Young, inauguraba su autopista hacia el infierno con su disco *Highway to hell*, en cuya portada Young adornaba su habitual uniforme de escolar con cuernos y rabo. Black Sabbath, otra gran banda de rock duro, llenó sus espectáculos de guiños a Lucifer. Su cantante, Ozzy Osbourne, era especialista en catar sangre de pega, tocar con cruces boca abajo y degollar con los dientes palomas y murciélagos en el escenario. Además en su primer disco en solitario incluía una canción dedicada a ¿sabéis quién?. Sí, a Aleister Crowley, que sólo por su influencia en músicos tan diferentes merece un lugar preferente en la historia del rock.

Pero no todo han sido demonios en la relación entre la religión y el rock, ya que, sin ir más lejos, la Iglesia tuvo en plantilla a uno de los más famosos pioneros del rock & roll, Little Richard, el autor de la famosa onomatopeya *¡Awopbopalooop Alopbamboom!* (castellanizada algo así como *Aumbabuluba balambambú*) que se incluía en su canción *Tutti frutti*. Autor de otros temas tan conocidos como *Lucille*, *Long Tall Sally* o *Good Golly, Miss Molly*, Richard fue el perfecto ejemplo de la

conversión. Famoso por todo tipo de excesos sexuales e interprete de los temas más viscerales, lo dejó todo para estudiar la Biblia y predicar su palabra. Hay quien dice que tuvo una revelación en sueños o que fue una promesa hecha para que se apagara un incendio en un avión en el que viajaba con otros músicos de gira, pero el caso es que cambió su mal visto repertorio para grabar algunos discos de gospel y hasta se convenció, él que era declarado homosexual, de que debía casarse para ser un buen predicador.

Pero tras seis años de virtud, volvió a la música, su mujer pidió el divorcio por “extrema crueldad por la imposición de severo sufrimiento mental” y además de recuperar sus hazañas sexuales, se dedicó a probar todo tipo de drogas. Tuvo que sufrir la pérdida de dos sus mejores amigos, asesinados, y de su hermano Tony, víctima de un infarto, para que decidiera volver a convertirse en el reverendo Richard.

Otros músicos tuvieron buenas relaciones con la espiritualidad, si bien la buscaron en religiones más de tipo oriental. Los mismos Beatles, cuyas actuaciones políticamente incorrectas hacia la religión ya hemos relatado, coquetearon con el hinduismo. Fue George Harrison el que contactó con el Maharishi Mahesh Yogi e inició su conversión religiosa, pero finalmente convenció al resto de los Beatles para que viajaran a la India a visitar la “academia” del Maharishi, a donde acudían otros famosos representantes de la música y el cine. No toda la banda estaba muy convencida (el más escéptico era Ringo) pero el caso es que todos llegaron a pasar una temporada cumpliendo los ritos y vistiendo al estilo hindú. Finalmente decidieron abandonar. Unos dicen que porque el Maharishi intentó abusar sexualmente de la actriz Mia Farrow y otros porque les pidió que ingresaran un 25% de su fortuna en una cuenta corriente en Suiza, pero el caso es que se puso fin a la aventura hindú.

Otro discípulo del Maharishi fue Mike Love, el cantante de los Beach Boys. Detrás de la banda de surf, de sus ritmos de pop y sus canciones de playa y amor, se encontraba todo tipo de excesos relacionados con drogas, alcohol y sexo, así como desequilibrios psíquicos e infancias tormentosas. Y si dentro de la banda, Dennis Wilson era el símbolo del exceso más absoluto, Love lo era de la espiritualidad más cándida. Creía que todos los seres humanos debían respetarse y amarse (objetivo admirable si no fuera porque él mismo daba unas palizas terribles a su mujer) y su gran ambición, y uno de los motivos principales por los que contactó con el Maharishi, era aprender a levitar, cosa que, claro, no consiguió. Sin embargo, fue menos listo que los Beatles y llegó a convencer al resto de la banda para que llevaran al sacerdote hindú de ¡telonero! en una gira por América e incluso llegaron a grabar un álbum en su centro de meditación trascendental. Mike Love llegó a atravesar una profunda crisis, experiencia por la que ya había pasado el cerebro de la banda, Brian Wilson, y tuvo que ser ingresado en un manicomio hasta superar sus desequilibrios espirituales.

En otros casos la popularidad de algunos intérpretes de rock ha sido tal que ha dado lugar a que se fundaran religiones en su nombre. Sin duda, en este sentido la figura más sobresaliente es la de Elvis Presley. Hasta siete religiones conocemos (sin duda habrá muchas más) basadas en la figura del Rey, con nombres tan increíbles como *El Gospel de Elvis*, *Culto transfiguracionista del octavo día* o *El Ritual Menor del Destierro del Pentagrama Cubierto de Lentejuelas*. En 1992 se fundó la llamada *Primera Iglesia Presleyteriana* cuyos fieles, a la manera del islamismo, deben ponerse mirando hacia Las Vegas una vez al día y peregrinar a Graceland al menos una vez en

la vida. Se imponen nada menos que 31 mandamientos, consistentes en tener siempre disponibles todos los productos que Elvis solía tener en su nevera. Entre ellos manteca de cacahuete, Pepsi, beicon, salchichas, puros y laxantes. Han retocado el Nuevo Testamento con Elvis por supuesto en el papel de Jesucristo; Tupelo, ciudad natal del músico, en vez de Belén y, lo mejor, tres cantantes de blues en el papel de los Reyes Magos.

La Iglesia de Elvis 24 horas rinde culto al dólar además de al rey, por lo que se dedica a vender todo tipo de productos relacionados con Elvis a través de Internet. Otra Iglesia, la de Jesucristo Elvis ofrece las siguientes “pruebas” de que Elvis era el Mesías : Jesucristo dijo “Ama al Próximo” y Elvis “Don’t be cruel” (“No seas cruel”); Jesús formaba parte de la Santísima Trinidad mientras que el primer grupo de Elvis fue un trío ; Jesús caminó sobre las aguas pero Elvis practicaba el surf ; y un sinfín de supuestos paralelismos que demuestran hasta qué punto desaprovechamos la venida del nuevo mesías.

Más recientemente, la prematura muerte de Kurt Cobain, cantante de Nirvana, provocó la creación de una Iglesia que llevaba su nombre. Imitar las costumbres de Kurt resultaría bastante insano por lo que sus fundadores se limitaban a proclamar su intención de “difundir el evangelio de la paz, el amor... y Kurt”. Cuando empezaban a “convertirse” los primeros fieles, uno de los fundadores reconoció que era una broma para probar la credulidad de algunos medios. Aunque, con todo lo contado hasta ahora, ¿quién no se creería algo así ?

De los artistas actuales, el grupo mejor relacionado con la espiritualidad quizá sea la formación irlandesa U2. Bono, su cantante, siempre fue un estudioso de la Biblia y, al principio de los 80, se unió junto con otros dos miembros de la banda, The Edge y Larry Mullen, a un pequeño grupo evangélico con sede en Dublín, Shalom Christianity, que finalmente abandonaron cuando “empezó a manifestarse la estructura y la jerarquía”. Ese interés por la religión no impide que utilicen algunos elementos satíricos en sus conciertos como la *Squeaky Nun (Monja chillona)*, un muñeco de goma blanda que representa a una monja rezando sus oraciones y que los expertos de animación de su última gira PopMart introdujeron en el vídeo que aparecía en los conciertos de forma que se hinchaba y brincaba de un lado a otro de la pantalla. En cualquier caso, la religión aparece a menudo en las letras de la banda y, sin ir más lejos, en su último trabajo, *Pop*, encontramos la siguiente alusión : “Jesús, ayúdame / Estoy solo en este mundo / Y por cierto es un jodido mundo”, demostrando que la modernidad despreocupada que refleja en sus últimos trabajos la banda se encuentra más en las formas que en el verdadero mensaje.

Y es que la religión es un elemento en muchos casos ineludible. Como dice Billy Corgan, el líder de Smashing Pumpkins : “*Hemos crecido en esta cultura -la norteamericana-. Ya sabes : Perritos calientes, béisbol, tarta de manzana... y Jesús*”.

JUAN LUIS ROLDAN CALZADO